

La Tribuna

SUPLEMENTO DOMINICAL ILUSTRADO



La belleza del
DIABLO

¡Dichosa edad aquella en que; para andar, le bastaba a un hombre ir poniendo alternativamente una pierna delante de la otra! Entonces el peatón, a semejanza del poeta, nacía y no se hacía. Un automóvil lo atropellaba a usted, pongamos por caso, y, mientras los guardias le pedían al chofer su certificado de chofer, a usted nadie le pedía nada, suponiéndolo un peatón nato, o bien reconociéndolo como un peatón muerto.

Pero en Inglaterra los automovilistas han protestado contra esta desigualdad.

—No basta—han dicho—que nosotros aprendamos a circular por el mundo de los peatones si los peatones, a su vez, no aprenden a circular por el mundo de los automovilistas. Estamos hartos ya de matar peatones empíricos. Un buen peatón necesita, por lo menos, tanta técnica como un buen chofer, y para adquirirla tendrá que seguir unos cursos análogos a los nuestros.

¿Necesitaré añadir que las «escuelas del peatón» han sido un éxito en Inglaterra y que millares de personas de sesenta años para

AUTOMOVILISTAS Y PEATONES

arriba están ahora allí aprendiendo a dar sus primeros pasos?

Desgraciadamente, en España, las relaciones entre el peatón y el automovilista no suelen plantearse nunca como un problema técnico, sino más bien, y casi siempre, como una cuestión personal. Una simple carrerilla hacia un lado le bastará muchas veces al peatón español para evitar un

atropello; pero esa carrerilla es incompatible con la dignidad de su persona y la majestad de su porte. Inútil que el automovilista le dé bocinazos.

—¿Se creará ese imbécil—piensa el peatón, refiriéndose al automovilista—que por tener una buena bocina yo voy a cederle el paso?

Al automovilista, por su parte, le costará muy poco trabajo sor-

tear al peatón; pero, ¿qué se figurarán algunos peatones? ¿Que poniéndose delante del automóvil con las manos en los bolsillos lo van a asustar a uno? Es muy duro tener que atropellar a un pobre hombre; pero ¡qué se le va a hacer! Uno no es un peatón indefenso ni un desheredado de la fortuna y no tiene a la opinión de su parte; pero esto no quiere decir que carezca de dignidad.

En suma:
—A mí no me achica ese hombre—dice el automovilista—aunque él vaya a pie y yo en un cuarenta caballos.

Y el peatón, a su vez, exclama:
—¡Chufia! ¡Cubfia! ¡Como no te apartes tú!

De todo lo cual se deduce lo inútil que sería fundar en España unas escuelas del peatón análogas a las inglesas. En la mayoría de los casos, cuando un automovilista atropella aquí a un transeúnte, la culpa no es del transeúnte ni del automovilista, porque, en realidad, no se trata de un accidente, sino de un lance entre caballeros.

Julio Camba

La mejor actualmente por su repertorio,
- su compás y su organización es la -

ORQUESTA HECTOR BEECHE

SU CONJUNTO ES MODERNO Y UNICO
Teléfono 233 - SAN JOSE, C. R. - Apartado 1265

Imprenta LA TRIBUNA

TRABAJOS

los más artísticos y los más económicos

Antes de comprar en otra parte haga una visita a este establecimiento.

LA ECONOMICA

Nuestros precios son increíbles en baratura y la calidad de los muebles es incomparable.

Frente a LA TRIBUNA

Puesto que tengo el alma presa en el garfio de oro de una estrella voy contarle todo. Porque ahora, en la altura sin fin, estoy libre y soy dueño de todas las cosas. Mi ritmo interior hecho está de distancias como una canción melodiosa de cosas esfumadas en los horizontes sin línea; en mí florecen todas las rosas como si en cada rama hubiera caído una gota de sangre. Veo, puntuado la distancia atormentada del límite, la caravana de los humanos y siento por ellos un desdén infinito. Por ellos, que no podrán comprenderme, pobres fosilizados en las lógicas rígidas y que analizan con las reglas antinaturales del sentido común. Pero, así y todo, aunque acaso nadie me comprenda jamás, quiero narrar la última aventura de mi corazón que se llevó en el derrumbe la última aventura de mi juventud. Para hacer esto ha sido preciso que el alma, al fin, volara a enredarse en la estrella lejana. Acaso lean los jueces esto que escribo. Ahora, como ayer, dirán que estoy loco. Los jueces tienen menos cerebro que una señora de sociedad. Pero, no me importa aunque ellos no quieran, seguiré siendo—puesto que lo que pienso lo soy—el hombre que mató la tarde. Es la única vanidad que conservo ahora que conozco el ritmo de la vida. Matar la tarde, matar con estas mis manos crispadas el dolor de la tarde, haber visto desplomarse entre mis brazos, potentes la tarde que se había cuajado sobre la carne de bronce de una mujer! Siento, cuando lo recuerdo, que el alma se dilata, se ensancha, el corazón late con una potencia nueva y los músculos se hacen de acero. Yo, fui yo, yo he sido el único hombre que tuvo la tarde en sus manos y la a-

El Hombre que Mató la Tarde

por Alberto Lamar Scweyer

sesinó, fríamente, implacablemente bellamente.

Pero no haré más reflexiones. Me estoy volviendo demasiado lógico. Acabaré por estar entre los cuer-

dos y no quiero, precisamente, porque los cuerdos están locos. Son los verdaderos locos. Los que estamos locos somos cuerdos. Lo que ocurre es que los cuerdos, que no son

locos, son los más. El manicomio no está dentro, sino fuera. Creer pues que estoy loco es una locura. Una locura de los cuerdos, o, si se quiere, una cordura de los locos. Todo es lo mismo. Lo único cierto es que un día el alma se enredó en una estrella. Desde entonces siento en mí el ritmo impreso de la canción interminable. En mi alma canta la vida. La vida sólo canta verdades cuando quien la escucha está loco, es decir, cuando se es absolutamente cuerdo. La vida jamás está de acuerdo con la lógica y a los que no tenemos, la vanidad de creernos dueños de las pautas eternas, nos llaman locos. Insisto en que la locura está en la lógica. Si no me entienden no importa.

Repetiré una vez más lo que dije a los jueces. Aquellos hombres que para comprender tienen que vestirse de negro me miraban compasivamente porque yo no tenía su absurdo razonar. El único razonable era el Fiscal, un señor gordo, con lentes.

—Este hombre, señores—deca una voz ronca como un escape de auto—es un asesino. Sin que mediara provocación alguna, ni motivo de disgusto, por el simple placer de destruir, de matar, estranguló a su novia. La sociedad reclama, yo lo pido en nombre de ella, que sobre su culpa caiga la pena.

Y todo eso era verdad. Yo maté a mi novia porque sentí deseos de destruirla, de agotarla, de hundirla para siempre en la noche sin estrellas. En su carne, una carne que tenía reflejos de bronce, una carne intoxicada que me hacía sentir la tentación suprema de todos los pecados, habíase posado la tarde y por eso la maté. El Fiscal tenía razón.

Pasa a la página 3.



Singularidades de grandes hombres

Dice Suetonio que durante el invierno el emperador Augusto usaba siempre cuatro túnicas debajo de una gruesa toga, poniéndose además una camiseta de lana interior, y preservando sus miembros no menos cuidadosamente. En verano quería dormir siempre con todas las ventanas y puertas abiertas, y ofendíale tanto el calor, que tenía un esclavo solamente para banicarlo. No podía resistir el sol, ni aun en invierno.

Fernando II, Gran duque de Toscana, que murió en 6170, era esclavo de su salud. "Yo le he visto, dice el abate Arnault en sus Memorias, paseándose en su cámara arriba y abajo entre dos grandes termómetros, en los cuales tenía fija la vista constantemente; y mientras tanto, se ponía y quitaba diversos gorros de diferentes grados de calor, según la temperatura".

El abate de San Martín, que en el siglo XVII se hizo tan ridículo con sus pretensiones y manías, usaba nueve casquetes a la vez, los cuales cubría con una peluca a fin de preservarse bien del frío en la cabeza; también llevaba nueve pares de medias. Su cama era de ladrillos, debajo de los cuales colocábase un bracerito construido de modo que no comunicara sino el necesario grado de calor. Para llegar a esta cama había una pequeña abertura, por la cual se intrudía el abate al retirarse por la noche.

El jesuita Ghezzi, escritor del siglo XVIII, usaba siete casquetes debajo de la peluca.

Fourier, el distinguido matemático francés, había vuelto de Egipto acosado por un persistente reumatismo y de una continua sensación de frío, y padecía mucho cuando se hallaba bajo una temperatura de 20 grados. Reaumur. Durante los últimos años de su vida, exhausto de fuerzas a consecuencia de una arma que había padecido desde su juventud, veíasele siempre, cuando escribía, o hablaba con sus amigos, en-

cerrado en una especie de caja que no podía desviar de su cuerpo, dejando sólo en libertad la cabeza y las manos.

Donatello, el célebre escultor florentino, que murió en 1466, tenía la

costumbre de guardar el dinero en una cesta colgada de un clavo en la pared de su habitación, sus trabajadores y sus amigos solían tomar de ella cuando les parecía.

Beethoven, el compositor, estaba

dominado por dos manías: una de ellas era cambiar de casa continuamente, y la otra pasear sin descanso. Apenas se instalaba en alguna nueva habitación, descubría al punto algún defecto, por insignificante que fuese, y comenzaba a buscar otra.

Todos los días después de comer érale preciso salir a pasear a pie, bien lloviera o nevara, o bien hiciese excesivo calor, y no ponía término a su paseo hasta estar completamente rendido.

El astrónomo francés La Caille había contraído la enojosa costumbre de leer y escribir solamente con un ojo, pues reservaba el otro para sus observaciones telescópicas. Por este medio, no obstante, obtuvo insesantes resultados; así, por ejemplo, podía reconocer con facilidad y precisión la altura de las estrellas sobre el horizonte del mar, observación generalmente muy incierta a causa de la dificultad de distinguir bien el horizonte en la oscuridad de la noche. No parece sin embargo que ningún astrónomo haya tratado de acostumbrarse a tan difícil práctica.

Shelley, el poeta, complacíase en hacer de continuos barquitos de papel para hacerlos flotar en el agua, y este infantil pasatiempo parecía fascinarle. Cuando se le acababa el papel que tenía a mano; servíase de los sobres de sus cartas y hasta de éstas. Asegúrase que cierto día, hallándose a orillas de un río, se le concluyó el material para hacer sus barquitos; no le quedaban más que un billete de Banco, y vaciló mucho antes de servirse de él; al fin pudo más su manía, e hizo flotar el costoso esquife.

LA MEJOR



REFRESCOS GASEOSOS

que cada día tienen mayor aceptación del público por su delicado sabor y esmerado aseo.

El Hombre que Mató la Tarde

Viene de la página 2.

La maté porque odio la tarde, porque la tarde es triste.

Hacia ya muchos años que ese odio vivía en mí. Estábamos en el balcón. Frente a nosotros el mar desplegaba su impasible monotonía, esa monotonía del mar que, como las mujeres bonitas, no cansa nunca. Como esto no es lógico, es cierto.

Pues bien, estábamos, como he dicho, frente al mar. La tarde se evaporaba para condensarse en nubes, grises como el alma de una solterona. Y en la hora inútil me sentí triste. Triste como siempre que ante mí, la tarde odiosa abre su abanico mal pintado. Triste, sí, con una tristeza honda, silenciosa como el remordimiento. La hora inútil se me adentraba en el alma muy lentamente. El alma toma forma de pomo cuando declina el día. Se me llenó de un dolor sutil. El amor dejó de ser amor. La materia me pesaba en la hora absurda. La materia pesa, pesa mucho cuando estamos tristes. Igual que las coristas.

A mi lado, con los ojos en éxtasis, deslumbrada por el inútil derroche de color, con su cuerpo erguido en un gesto triunfal estaba Ella. En sus pupilas, unas pupilas que no he podido olvidar, los latigazos de oro se hacían blancos. Y la vi entonces en toda su esplendente belleza juvenil. Era prometedora como la lejanía y sus ojos insinuantes como dos puntos suspensivos. Bajo el traje blanco la carne de bronce tenía una tentadora dureza. Estaba bella en su opulencia joven que jamás habría yo de tocar. Y era, en su dulzura, suave y delicada como una I. Yo, que he matado con el amoníaco de la filosofía la engañosa embriaguez del claro de luna, la amé en aquel momento más que nunca. Sentía un amor violento. Un amor tan alto que por ella habríame

arrodillado ante los siete altares de los siete pecados. Hubiera querido que mis uñas se clavaran en su carne para dejar en ella infinitas medias lunas de sangre y que su boca marcara en la mía el carmín perfumado.

Y vi con horror, con un horror que tenía en sí todos los crispamientos de la tragedia, que la carne, la carne magnífica se hacía lentamente color de tarde. No sé lo que pasó por mí. Furioso, violento como una expropiación forzosa en un momento de cordura, sentí un odio inmenso por aquella mujer. No sé si gritó. Entre mis manos, que formaron un collar mortal en torno a su cuello, sentí temblores extraños. Después el cuerpo se desplomó inerte. Tendida a mis pies, con los ojos dilatados como si descubriera en el cielo una visión horrible, con la boca abierta de un modo grotesco, aun tenía posada sobre la cara el color de la tarde. Luego, se puso morada como una uva. El bello rostro tomó ese color que tienen las cartas de los amantes cursis. Y la tarde murió. ¡Había muerto estrangulada por mis manos! Cuando levanté los ojos vi que en el horizonte todo era gris.

Después, descubrí una estrella. Era una estrella orgullosa, una super-estrella que estaba sola en la gran monotonía gris del cielo. Al querer cogerla, el alma se me enredó en ella y todavía está allá, allá en la lejanía infinita, perdida en la distancia en medio de la música eterna.

Ahora, quiero saber el camino de las orillas distantes que alumbraban los faros lejanos. Acaso en ellas, en las ciudades perdidas que rematan los viajes sin retorno, encuentre otra vez el amor que florece en pagánias y pueda amar a otra mujer en un paraje remoto que tenga crepúsculos.

Recetas para cocina

Arroz a la valenciana

En sartén de dos asas a propósito para este arroz calentar bien una porción de aceite, rehogar en él un pollo cortado en trozos, lomo de cerdo y a voluntad unas salchichas. Una vez todo bien rehogado y dorado se añaden unos dientes de ajo picados, tomate y perejil, sal, azafrán, y pimienta moviendo bien todo hasta que esté frito. Se agregan entonces arvejas, pimientos y ejotes picados finamente, se mueve de nuevo para que se frían las verduras y se cubre después con caldo hasta que esté cocido en la forma de estufado.

Manzanas doradas

Disponer en un plato en forma de pirámide una buena porción de manzanas en mermelada. Batir separadamente dos claras de huevo con azúcar molido y raspaduras de corteza de limón. Cubrir con esta mezcla la mermelada y poner al horno hasta que se dore.

CUPON

PARA EL CONCURSO DE CHISTES

LA TRIBUNA
CONCURSO DE CHISTES
SAN JOSÉ

Les acompaño el chiste firmado

para el concurso de la presente semana.

Lugar y Fecha

Firma

Original transacción comercial

Un periódico de Panamá asegura que el canto a Bolívar, de José Santos Chocano, por el cual le pagaron nueve mil libras, se lo compró en dos mil a Francisco Villaspesa. La noticia ha producido escándalo. Más no hay motivo para armar algarabía. Villaspesa es tan dueño de sus versos, como de su gabán o su sombrero; y así puede venderlos por el precio que le venga en gana. Chocano es libre de hacer su negocio. A nadie estáta síse vende en nueve la mercadería que costó dos. Además, le dió el prestigio de su fama poética a una obra de otro. La transacción está dentro de las reglas comerciales y no puede ser objetada.

Comienzan a ponerse en boga en París los trajes estilo "Paraíso Terrenal"

El traje jocosamente denominado «la hoja de parra», que hasta ahora era simplemente un vestido de baile brevísimo y ligerísimo con ciertos volantes cayendo a modo de falda—colores favoritos: carne, carmelita muy claro y verde pálido—está sirviendo de base a una serie de creaciones «estilo Paraíso Terrenal» que a no dudar sacarán de sus casillas a cualquier sociedad relativamente conservadora. Hasta este momento París tiene dos conceptos formados acerca de sus creaciones: los vestidos de verano para que escojan en ellos los clientes particulares y los llamados de «entretiempo» destinados a los compradores profesionales extranjeros.

Hoy mismo me tropecé en un pasillo con una de las maniqués de un elegante establecimiento de los Campos Elíseos que, al interrogarla, me contestó que las pobres muchachas están «muriéndose de debilidad» a consecuencia de la orientación, tomada por los nuevos atavíos femeninos, basado en «hoja de parra». La amable maniquí estaba violando, al hablarme, una de las principales reglas de la profesión, en virtud de la cual los modelos no dirigen la palabra ni aún a sus amistades personales, en horas de trabajo. Pero mientras sacaba por segunda vez sus cansados pies de los zapatos de tacón alto que calzaba, prosiguió traduciendo al inglés su pintoresco «argot».

«Estos vestidos son ya lo último. La muchacha que trabajaba ocho horas al día necesita hacer por lo menos una buena comida al mediodía. Pues nada. Un sandwich que coma una se le ve debajo de la piel».

Es, desde luego, un poco vulgar la acotación, pero da lugar a pensar hondamente. La mujer elegante está rebasando ya el límite de la comodidad y el buen sentido. ¿Cómo va, la mujer normal, a presentar de pies a cabeza la línea pura e impecable que requieren las modas? Ya una «vedeuse» abordó la cuestión diciendo: «con mejor sostén interior», con lo cual se refiere a no dudar a un corset o faja flexibles unido a un ajusta-

No se limita a trajes de baile el modelo conocido con el significativo nombre de "La Hoja de Parra"

—corset, faja, o ajustador—es absolutamente indispensable mantener la línea pura para que se difunda

el «leit motiv» de la hoja de parra en la moda.

Y a propósito del traje-funda, que esto y no otra cosa es el de

la consabida «hoja», la cronista no quiere que se interpreten mal sus palabras. Habla solamente de la orientación más avanzada del momento, como la denotan los modelos de otoño. Los vestidos de verano—y todavía no hemos llegado al estío—acusan considerable «disimulo» tanto en la blusa como en la falda, aunque la línea de la cintura es lo más ceñida posible. Si con el otoño llega como moda general la del vestido-funda u «hoja de parra» será una innovación. El asunto es interesante.

Otra de las innovaciones más sorprendentes de las modas adelantadas, tal y como hoy las anuncian en actos y paseos las maniqués profesionales, es un escote extremadamente bajo. Uno de estos modelos, acertadamente calificado de «muestra» consiste ni más ni menos en una insignificante túnica de satín negro bordado en plata que se sujeta por encima de un hombro solamente, dejando el otro completamente al descubierto. He visto un modelo de terciopelo negro en el que el escote llega por la espalda, hasta cerca de la cintura; en realidad hasta la mismísima cintura. Más asombroso es todavía un traje de «soirée» de satín verde pálido que, por delante en el centro, por debajo de los brazos y por la espalda, el escote llega bastante más bajo de la altura del seno. Bajo este traje se lleva una especie de «brassiere» hecha de terciopelo color rubí que se sujeta con un lazo en el frente. Como este traje sólo lleva unos bordados de plata muy tenues, el contraste de la «brassiere» ríñi es verdaderamente sorprendente.



Traje de calle con adornos bordados en seda.

Manto y vestido en crepón de seda guarnecido de pieles.

Tienda Mil Colores

—GRAN SASTRERIA—
ENRIQUE YANKELEWITZ

SAN JOSE, C. R.

Gran surtido de ropa hecha y a la medida y de materiales de sastrería. Últimas novedades en telas y estilos.

UNA LIMPIEZA EXTREMA EN LA PERSONA

Y EN EL INDUMENTO REALZAN LA NATURAL BELLEZA

La primera candidata del mejor concurso de belleza quedará descartada desde el primer momento por el jurado si se presenta con los zapatos manchados y las ropas arrugadas. La civilización ha establecido una rígida regla con arreglo a la cual ninguna persona descuidada tiene acceso a la sociedad bien educada. Toda mujer debiera poner especial atención en la escrupulosa limpieza de sus atavíos como mejor complemento de belleza.

Al tirar, por ejemplo, a un lado el abrigo de invierno, con su alto cuello de pieles, hemos sido testigos de toda una revelación. En él aparece la suciedad dejada en la parte de atrás por el roce continuo del sombrero. Son estos días de «renaissance» los de tender una mirada retrospectiva y ver no solo

la apariencia de las cosas sino lo que la bruma invernal ocultó a nuestra vista, lo mismo tratándose de los vestidos que de la propia persona.

Aunque no hayan sido puestos más que una vez, los sombreros de fieltro claro, cuando se llevan con abrigos de cuello alto, adquieren una pátina oscura en los puntos de roce. Lo mismo sucede con los de seda clara. Nada de difícil tiene agarrar el pomo de la bencina y limpiar las manchas. Hay algo de repelente en la suciedad de los atavíos femeninos, porque se supone siempre que no debe haber ninguna.

La que pretende captarse la admiración de cuantos posan en ella su mirada, debe cuidarse muy mucho

de comprobar el aspecto que ofrece al transeúnte, vista por detrás.

Otra ofensa de esa pulcritud es la solapa manchada. ¡Cuán atractiva es la florecilla de deliciosa falsedad! Su matiz artificial se confunde a veces con el de los capullos que revientan en primavera... menos cuando parece que, en lugar de una flor, se puso una el cepillo de los zapatos, cosa que nunca pretendieron los que fabrican violetas y rosas artificiales.

La muchacha descuidada compra la flor, la pone en el ojal del abrigo, y se olvida de ella. El tiempo la aja y no tarda en adquirir cierto aire de decadencia. Del tallo se desprenden unos tenues alambres y poco a poco van cayéndose los pétalos. ¡Ya es hora de que deje este valle de lá-

grimas! ¡Al cesto con ella! A la tienda por otra, nueva y rozagante.

Es lo mismo que la linda criatura que fija límites en la operación del empolvado. Pásase la mota por el cuello y, sin poderlo resistir la baja y restriega hasta la línea en que termina el escote y empieza el vestido. Y llega un momento en que el traje está todo espolvoreado de blanco como esos ricos «cakes» que se sirve con el té. Un escote sucio es un horror. Aquí otra vez venga bencina.

Aun sin querer ver y a pesar de la mayor discreción del admirador, es imposible pasar por alto esos lunarcitos de fango y esas salpicaduras que el chapo-

Pasa a la página 6.

LOS ACONTECIMIENTOS DE LA SEMANA

Don Joaquín Vargas Coto ha regresado de los Estados Unidos, dispuesto a cumplir uno de los preceptos católicos: enseñar al que no sabe...

Vargas Coto viene, pues, dispuesto a darnos a conocer a los Estados Unidos.

Según las descripciones que hasta ahora nos ha hecho, en los Estados Unidos hay un Presidente, como nosotros lo tenemos también, que se llama Mister Coolidge y que es también un gran palomo como el de nosotros; que en Nueva York anda la gente a montones; que hay muchos autos, pero muchísimos; que los millonarios abundan; que hay frente a Nueva York una estatua como la que traen los cigarrillos Liberty; que los tranvías hormiguean que es un contento; y que el problema de la multiplicación ha sido resuelto fácilmente, pues conforme se multiplican los bichos humanos, crecen los edificios para dar albergue cómodo y confortable a multiplicandos, multiplicadores y cocientes respectivos.

Hay muchos ríos, vapores, aeroplanos, ferrocarriles, teatros, iglesias, pájaros y pajaras; en fin, que aquello, si dice verdad don Joaquín Vargas Coto, y no es ventearse la lengua diciendo falsedades, aquello, decimos, es un verdadero paraíso terrenal, siendo la única vaina la de que no hablen español ni malespín, sino simple y llanamente el idioma de Chécsper. Por tan sorprendentes datos los costarricenses debemos estarle requeateagradecidos a don Joaquín, y ya se nos está cayendo la baba de la pura gana de ir a ver en Yanquilandia a tanto hombre sin bigote a quienes apodamos machos...

Vargas Coto nos ha prestado, indudablemente, un gran servicio; mejor que cualquier oficina de informaciones; mejor que la United Press, mejor que una guía del viajero o séase un Gotha, etc., por lo que lo felicitamos calurosamente ahora que entra el invierno, pues nos ha comprobado ser muchacho asaz observador y suspicaz, si se toma en cuenta que todas sus notables observaciones las hizo en el término de quince días...

La comidilla del día, y de la noche también, es actualmente la actitud que según dicen asumió don Ricardo, al ser consultado por el

Gobernador de Liberia acerca de si le tocaba o no la marimba y el quiyongo a don Carlos María, ahora que el ilustre hombre público fue a pasar una temporada de recreo por aquellas latitudes. El Gobernador se encontraba perplejo en vista de que don Carlos, en su concepto, no es don Carlos María, sino el Jefe y Propagandista principal del Partido Republicano, y era una vaina armarle una parranda, para no meterse en política y ser fiel a la consigna que el Gobierno ha dado a sus

empleados, de no abrir la boca para proferir una frase de política.

Dicen que don Ricardo le dijo al prudente Gobernador que «no juera [tan así], que se dejara de «chocanadas», y que hiciera mismamente como con el General Volio, en vista de que ambos son Designados a la Presidencia de la República.

Y dicen algunos que en vista de esta aclaración, se bailó rumba que fue un contento, se tomó sabroso pozol, tigte, horchata y chupiscutis del Tempisque, al compás de la marimba bullanguera...

Y dicen otros que como al General Volio no... en fin, dicen y dicen...

Es fama, en nuestra historia romántica, que antiguamente los caballeros daban su vida por una

Por una palma y por una flor... flor que graciosamente arro-

jara una dama. También fama es que, más antiguamente, los luchadores del circo romano se desgarraban el pellejo por conseguir una palma, la palma del triunfo.

La gentil costumbre de los románticos y de los luchadores se ha perpetuado a través de los siglos y ha llegado, no menos robusta, hasta este rincón del orbe denominado Tiquicia.

Decimos todo esto con ocasión del incidente Padilla-León Herrera-

Ortiz, habido en el seno del Congreso recientemente. Padilla, en defensa de los terrenos de La Palma, le recordó a don Ricardo su frasecita de otros tiempos, de que «él daba las flores de la tierra, pero no la tierra», rogándole que ahora «colocara las flores sobre el pecho de una dama, etc., etc.» Don Santos León creyó oportuno echar su florcita y le plantó una a Padilla; Ortiz, que siempre está como una flor, terció en el debate y se jaló cada flor que daba miedo. En fin, que la sesión del miércoles último resultó un verdadero carnaval por lo que a batalla de flores se refiere, y en la que parece que fué Santos León el que se llevó la palma...

Al menos la del martirio...

Aquellos chacalines cuyos tatas tuvieron la buena suerte de tener una peseta para Vox Ilorantis comprar un libro de historia, in aeternum... saben que en un

tiempo hubo un ciudadano llamado Jeremías y que lloraba que era un contento. Lloraba en la mañana, lloraba después de almuerzo, a guisa de siesta, lloraba en la tarde, en el crepúsculo, lloraba en noche y lloraba hasta dormido. Fué un tour de force de la lloradera, según refiere la historia. Pero lo que muy pocos saben es que don Jeremías se ha quedado pálido porque últimamente ha reventado otro gallo para las lágrimas: el Maestro Nieto.

Al Maestro Nieto, desde que renunció voluntariamente su puesto de Director de la Banda de San José le ha entrado una melancolía tan honda que, aquí entre nos, ya nos tiene aburridos. No hay día del mundo que no pegue un grito, no de los destemplados que cada ocho de diciembre prohíbe el General Monge, sino un simple, tenue y melancólico grito, un grito del alma, entre otros términos, o un grito del cisne al morir de la tarde, como dicen los poetas...

Pero la cosa es que para nosotros esa lloradera nos resulta imposible e intolerable. Bastante bu'la tenemos con los autos, con las sesiones del Congreso, con la opereta que actúa en el Nacional, con las discusiones a pleno sol del papá de Albertazzi, con Pipín Martínez, y etc., para que tengamos que entermecernos con la lloradera del maestrillo Nieto.

Algunos vecinos han concebido la idea sacramental de recoger fondos para levantarle una estatua al nuevo Jeremías, eso sí rogándole previamente que no siga llorando...

—No llore, Rellina...
—No llore, por favor, Bethoven...
—Mire, por María Santísima, maestro, no llore...

Y como él siga llorando, tendremos, como en El Gran Señor, que argumentarle...
Me voy pare el balcón...

R. C.



Una limpieza extrema en la persona y ...

Viene de la página 4.

teo invernal pone en los bajos de la ropa interior de seda el mismísimo día que se ponen por vez primera.

Los leopardos tienen lunares; la mujer elegante no es precisamente en esos lugares donde debe llevarlos. Además dicen muy poco de la limpieza y aseó, etc., etc. pero ¿para qué ahondar una cuestión tan desagradable?

Los tacones torcidos y gastados no son hoy cosa tan frecuente como cuando la larga falda los tapaba. La falda corta ha obligado a la mujer a tender una ojeada hacia abajo. Los lindos zapatitos, piecitos, medicitas y demás de la muchacha norte-americana son su tarjeta de identificación en Europa,

para orgullo y gloria suya.

No es preciso hablar siquiera de los guantes sucios, ya que todo el mundo sabe cuán desagradables son. También es necesario limpiar con frecuencia los chales y pañolones que se llevan al cuello; estas prendas no solo recogen la grasa y la suciedad de la piel sino el polvo que hay en suspensión de la atmósfera.

Crimen frecuente es la mota de los polvos, sucia y manchada de colorete de todos los matices, amén de no poco tizne. La falta de asepsia en ese accesorio femenino da lugar a no pocas enfermedades de la piel. O bien hay que lavarla con frecuencia, o tirarla y comprar otra nueva.

TATICA

Naide en el mundo quiere
más que comi y quiero
a mis dos chacalines,
a esa mancuern e' nietos:
a esos lindos mocosos
que están allí en el suelo
jugando tan junticos
con un mismo muñeco.
Son mis muchachitos,
mis querencias de viejo.

Juan anda en los cuatro años,
y dos cumplió ya Pedro,
qués el dueño e' la casa
yel querer de su agiello.
Son mi cielo y mi vida,
si no fuera por ellos
ya biera descansao
dende cuando mi cuerpo,
pos la tierra me pide
estos urruces güesos.

Hoy, con mis chacalines,
un chiquillo me he giiello;
juego con sus juguetes,
corro por el potrero...
Y este rancho de paja
ya no es rancho, es un cielo,
y ellos los angelitos,
tan lindos y tan crespos,
que me chiqueo al ispielos
y me los como a besos.

Más, como en este mundo
nada hay que sea completo,
a la par de mi dicha
tengo el gran sufrimiento
de acordarme a tod' hora
de mi querido Usebio,
el más mayor de todos
mis probecitos nietos.
El detrato e' su tata,
y así como él de giieno.

Dende el día que los tatas
fallaron, ellos juevon
mis hijos: y mi vida
jue tuitica pa ellos,
angelitos de mi alma
tan chiquitos y giiénanos.

El mayorcito, estaba
tamañito. En el pueblo
todos me lo envidiaban
por bonito y por gileno.

Una vez salió al monte
a jugar con su perro,
y dende entonce naide,
jamás, ha giiello a velo
unque todavía lo busco
ya lo damos por muerto,
al no poder ayalo
después de tanto tiempo.

Me se atraviesa un fudo
que me hoga, en el pescuezo,
y me escuecen los ojos...
Cuando desto m'la acuerdo,
cojo mis chacalines,
los aprieto en mi pecho,
y pido a Dios que nunca
me arrebatte a mis nietos.

A veces, en las noches,
laté muy triste el perro,
y oigo como un quejío
que hasta aquí trae el viento,
y una voz que me dice,
pero lejos... muy lejos...:
¡Tatica! Yes la mesma
vocecilla dé Usebio,
que me llama del monte...
gu quizás desde el Cielo.

Domitilo ABARCA

Turialba, V-VI-MCMXXVI.



¡El Jemalt en verano!

El Jemalt posee sobre el aceite de hígado
de bacalao la ventaja de que puede ser
administrado también en verano.

He aquí la opinión de un médico:

„La creación del Jemalt es una obra maestra. La
acción de este producto es idéntica a la del aceite de
hígado de bacalao en su forma corriente. Además de
esto, el sabor del Jemalt es a tal punto agradable que
los niños se entusiasman con él.

Yo mismo he ensayado el Jemalt en mis hijos de
3 y 5 años de edad, habiendo comprobado los mismos
bienhechores efectos que con el aceite de hígado de
bacalao. Mientras que éste o las emulsiones provocaban
vómitos o quitaban el apetito a mis pequeños, estos
experimentaban una verdadera pasión por el Jemalt,
a tal punto que nos hemos visto obligados a colocar
las latas fuera del alcance de sus manos.

En ningún caso he comprobado que el Jemalt
cause repugnancia a los niños, quienes por el contrario,
muestranse golosos por el producto.

El Jemalt es de maravillosos efectos en los niños
pálidos, débiles y escrofulosos que rechazan el aceite
de hígado de bacalao. Los padres que no conozcan
el Jemalt, pueden pedirnos una muestra gratuita que
les será enviada inmediatamente.

El Jemalt se halla a la venta en todas las
farmacias y droguerías al precio de ₡ 3.75 la lata.

Dr. A. Wander S. A., Berna



The C. R. Mercantile Co.,
Les ruego el envío gratuito
de una muestra de Jemalt.
Nombre: _____
Calle: _____
Población: _____

Sin el gusto desagradable ni la forma oleosa
del aceite de hígado de bacalao.

Envíe Ud. ₡ 0.08 para portes a la Costa Rica Mercantile Co.

—San José—



**SURTIDO
COMPLETO
DE MEDIAS**

PHOENIX

RECIBIÓ EL

Almacén ROBERT

ANTIFEBRIL FERRUGINOSO DEL Dr. PAUL

REMEDIO PARA CALENTURAS Y FIEBRES PALÚDICAS

FEBRIFUGO MUY EFICAZ CONTRA LAS FIEBRES INTERMITENTES
Y COMO PREVENTIVO PARA EVITAR EL CONTAGIO

TÓMICO Y NERVINO ADECUADO PARA EL SISTEMA NERVIOSO Y EN CASOS ORIGINADOS DE DEBILIDAD

BOTICA ORIENTAL



SAN JOSÉ, C. R.

Gran Estreno para la Función de Moda del Jueves 24 de los corrientes en el

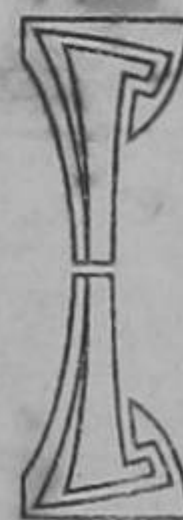
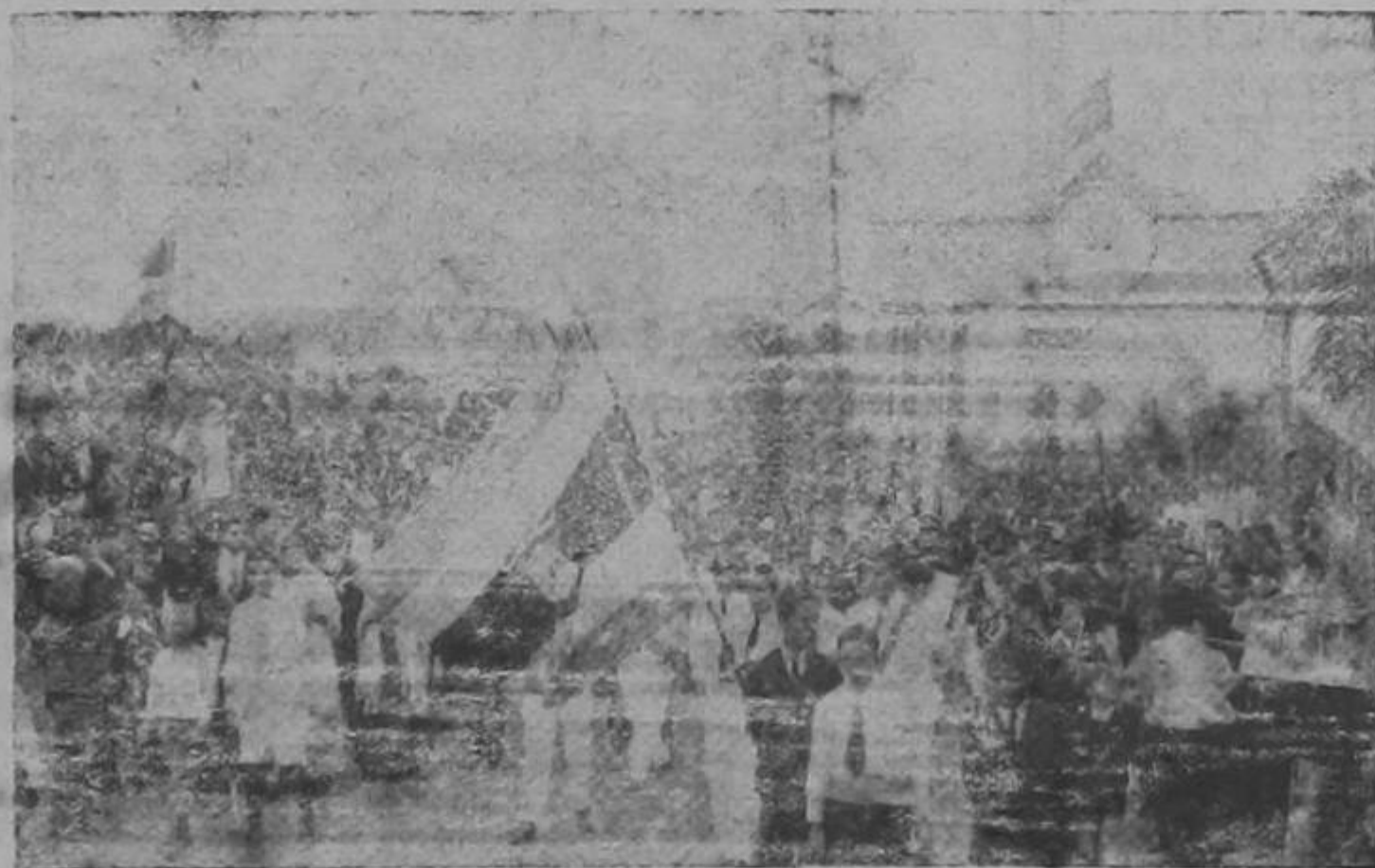
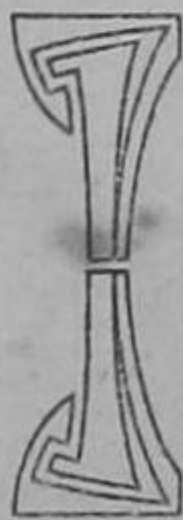
TEATRO MODERNO



JUGUETE DEL PLACER

(MANTANDLED)

El magno acontecimiento religioso del año de la Cinematografía Nacional Costarricense, que será estrenada y exhibida en las pantallas de los Teatro Moderno - Teatro Adela - Circuito Girton



La Coronación de la Virgen de los Angeles

Crónicas de Tic-Tac

"LA NEURA"

Neurastenia! Hé aquí la palabra. La palabra divina. La palabra de honor. La palabra de actualidad «permanente».

No pasa. Es la palabra evangélica. La palabra infinita del versículo encendido en las páginas bíblicas. («Pasarán los cielos y la tierra, pero mi palabra no pasará»). Así habló el Sembrador que sembró para los siglos y por los siglos de los siglos. «Mi palabra es pan y mi sangre es vino. Y no sólo de pan vive el hombre, sino de todo lo que fluye de mi espíritu». Así hablaba el Vidente. Así convencía y enseñaba a las gentes el Divino Tragediante por cuya boca habló una y mil veces la Sabiduría de la Eternidad.

Palabras! Más palabras! Así exclamaba el príncipe de Dinamarca interrogando al mundo de la subconsciencia en el Castillo de Elsinor. Delincuente nato, loco pasional, ficha antropométrica de un criminalismo inveterado, han dicho los profesores de ciencias psiquiátricas, Así lo engendró, lo crió, así lo levantó y así lo eternizó el genio de la dramaturgia universal. Y así perdura como una de las más torturantes realidades del alma humana. Palabras! Palabras! Todas las palabras, hasta las más efímeras, llevan su tragedia. Ellas filtraron su divina inquietud, como un jugo de mandrágoras, en el alma atormentada y espasmódica del Príncipe que perdió para siempre su alegría.

Las palabras, unidas, encadenadas por el hijo del pensamiento, son terribles ejércitos de ideas en marcha. Escritas o pronunciadas en el momento de una batalla ideológica, equivalen a grandes baterías que edifican y derruyen, que arrumban o levantan y que dominan el reino de la vida o el reino de la muerte. Otras veces, regimentadas por la necesidad o la pedantería, sólo alcanzan a ser humano en el soplo del viento, misera greguería de una verborragia para la cual no hay hemostático posible.

La palabra «neurastenia» sirve entre nosotros como un rótulo para clasificar diversas mercancías. Todo, en nuestra monserga familiar, es neurastenia. La confundimos fácilmente con todas nuestras lacras fisiológicas y anímicas. La incultura social, la grosería incurable, la esperanza y la brusquedad en el trato con nuestros semejantes; la borrachera y el «guayabo» correlativo; la chismografía social en amores o desamores; en el hogar, en el costurero, en el vestíbulo, en el portón y en el trasportón; en el cine, en la taberna, en la calle, en la carrera y en el corrillo esquino-gráfico. La truhanería, la patanería patentada; la maledicencia agasa-

pada tras el «se dice» y el «me lo contaron»; el chismorreco de aumento, atrincherado en aquello de «no es para sostener»; la injuria gratuita, asesorada por la envidia; la mentira cruda, a medio hervir; la suspicacia no pasterizada y la calumnia distributiva, servida a domicilio como el Kefir o como el agua «Cristal»; todo lo que implica ácidos trasudores y tristes deyecciones del humano animal, todo eso tiene un nombre de guerra entre nosotros: neurastenia!!

La pobreza; el fracaso de una ambición o de un apetito; la desproporción entre el propósito y la capacidad para cumplirlo; un despecho amoroso o financiero; un cuerno conocido y otro cuerno desconocido; la miseria moral; la inmoral y la física; todo eso, todo esto, todo aquello, tiene un común denominador en nuestra jerigonza ciudadana: neurastenia! Oh, neurastenia apocopada para mayor consumo y circulación del rótulo. ¡La Neura!

La neurastenia de causas orgánicas es una desgracia, y como toda fatalidad, merece homenaje de respeto y compasión. Esa es la sombra que profundiza más la noche sin aurora de los «advertidos»

de los que en el lecho de Job asisten, hora por hora, instante por instante, a su propia disolución, a su misérrima dispersión en la oscuridad del gusano «desconocido».

Pero la neurastenia «fina», digo mejor, la psicastenia, el exquisito mal, formula el analista, no es más que un estado de exaltación, que nos deja percibir en su exacta verdad horrible el fondo de las cosas.

Un estado de clarividencia, de hiperestesia en que se siente el dolor que nos circunda, a flor de piel, como si se tuviese el alma en carne palpitante, en carne sufriendo y doliente. No hay tormento comparable, más tampoco nada que nos hunda tan sombría y grandiosamente en la mística significación del Universo. Si los dioses sufren, deben sufrir de neurastenia. Por ella he aprendido a amar las nubes, el sol, la pureza y la alegría de los campos, la esfinera vida de las flores y los juegos de los niños. Todo lo sencillo. Todo lo que a mano del hombre no impurifica ni ensombrece. Qué honda y extraña piedad me acongoja ante el espectáculo de un mendigo o de una mujer desamparada.

Esta es la neurastenia fina, la neurastenia metafísica, la que sólo pueden usar aquellos a quienes un Hada misteriosa regaló con el don ultraterreno de sentir, de pensar y de sufrir.

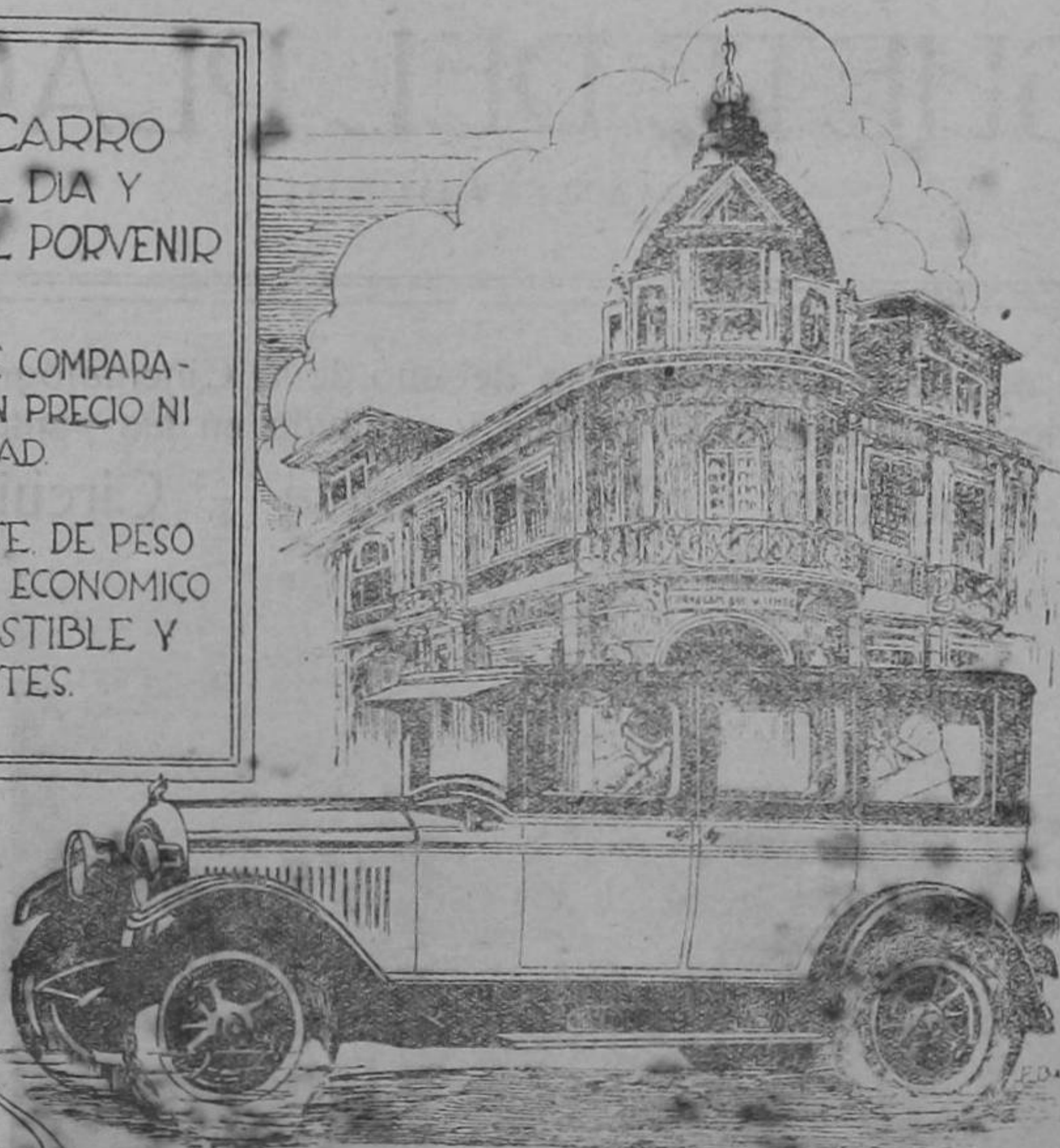
TIC-TAC

EL CARRO
DEL DIA Y
DEL PORVENIR

NO ADMITE COMPARACION NI EN PRECIO NI EN CALIDAD.

ELEGANTE. DE PESO LIVIANO Y ECONOMICO EN COMBUSTIBLE Y LUBRICANTES.

Billie Varaziz



**CHRYSLER
SIX**

AGENTE /
VICENTE LINES
SAN JOSE, C. R.